

Luis D. Cruz Ocampo

No más doctrina de Monroe

Este artículo fué escrito en contestación a la encuesta hecha por la Revista «THE WORLD TO MORROW», de Nueva York, acerca de la doctrina de Monroe.



HACE mucho tiempo que los pueblos latinoamericanos deberían haber dejado de discurrir acerca de la doctrina de Monroe. Indudablemente hemos perdido el tiempo en discutir si esta doctrina tiene este o aquel significado o sobre su posible influencia en la emancipación hispanoamericana. Y lo peor es que mientras nosotros nos entretenemos en estas cuestiones, Estados Unidos arrebató a Méjico ricos y vastos territorios, segregó Panamá de Colombia, domina a Cuba, viola la soberanía de Nicaragua, ocupa Haití, se impone por la fuerza en Filipinas y domina económicamente a casi toda la América del Sur. Tales sucesos bastarían para que abandonáramos definitivamente discusiones que solo tienen interés académico y nos atuviéramos a los hechos que están hablándonos un lenguaje doloroso y profético. Pero desgraciadamente la superstición monroísta no ha desaparecido de entre nosotros. Nuestras clases gobernantes empujadas a veces por espíritu de adulación hacia Norte América, otras veces por miedo a quedar sin apoyo en la política internacional y muchas veces también por desconocimiento lamentable de la cuestión, han contribuído tanto o más que Estados Unidos a la propagación de este mito funesto.

Para los internacionalistas, la doctrina de Monroe se presenta con muy diversos y hasta contradictorios aspectos. En el principio no es, en el fondo, otra cosa que la doctrina de la no intervención de un país en los asuntos de otro, acompañada de vagas promesas de apoyo a los países intervenidos, apoyo que no se ha realizado jamás. Luego después, bajo la presidencia de Grant, se transforma en una doctrina que consagra la superioridad de Estados Unidos; y, finalmente, se hace imperialista con Mac-Kinley, Roosevelt, Taft y Wilson. Pero en realidad estas no son etapas o transformaciones de una doctrina sino modificaciones de la conducta de un pueblo, que, como todos los pueblos, no se guía por doctrinas abstractas sino por sus intereses vitales y permanentes. La doctrina de Monroe no tiene en estos cambios participación alguna. Se habrían producido de todos modos aunque no hubiera existido el presidente Monroe y no se hubiera escrito el mensaje del 2 de Diciembre de 1823. Solo por un prejuicio, que ya es tiempo de abandonar, pudo ligarse la conducta de Estados Unidos con la doctrina de Monroe. Del mismo modo y con la misma razón podría ligársela con la ley de la gravitación universal.

Hemos concedido, pues, a esta doctrina una importancia que, en realidad, no le corresponde. El mismo Monroe no le atribuyó un valor extraordinario; y la Cámara norteamericana no aprobó un proyecto presentado por Clay, Secretario de Estado de John Adams, en el que se pretendía dar a dicha doctrina un carácter oficial de

declaración del Gobierno. Es preciso recordar que el señor Adams fué el verdadero autor de la doctrina de Monroe, o mejor dicho, el que siendo Secretario de Estado de éste, la incluyó en el mensaje. Pero aunque se diera a esta doctrina el más exagerado valor posible no se ve por qué razón los discursos de los presidentes americanos pueden constituir una fuente de derecho. La doctrina de Monroe no puede en ningún caso crear derechos, ni autorizar intervenciones, ni imponer protectorados, ni justificar hegemonía alguna sobre el continente americano. Si Estados Unidos se arroga el papel de amo e interviene en los asuntos de los países americanos, no lo hace, ni lo puede hacer, en virtud de facultades que emanen de Monroe o de otro cualquiera de sus presidentes, sino en virtud de poseer las fuerzas materiales y económicas necesarias para el caso.

Por esto no deben preocuparnos ni la doctrina de Monroe, ni los discursos del señor Wilson ni los del señor Rowe, sino los hechos, o sea la conducta real que los Estados Unidos observan con los países de América. Debe preocuparnos el estudio de los factores que han producido el enorme desarrollo de Estados Unidos y creado su extraordinaria fuerza expansiva. Y debemos también estudiarnos muy detenidamente a nosotros mismos para establecer hasta qué punto hemos dado oportunidad con nuestros errores a la actitud norteamericana. Hasta ahora nos ha parecido más cómodo culpar de todo a Estados Unidos; y hemos esgrimido el argumento de nuestra debilidad más allá de lo justo. Mas aun, parece que cultiváramos nuestra debilidad con una especie de coquetería romántica. Estamos convencidos que los pueblos débiles son simpáticos; y olvidamos lamentablemente que solo los pueblos fuertes son respetados.

Con frecuencia nos llamamos víctimas del imperialismo norteamericano; pero antes que ser víctimas de éste, somos víctimas de nuestros vicios políticos. Son nuestros gobiernos sin orientaciones elevadas, nuestras rencillas absurdas, nuestras divisiones mezquinas los que agotan nuestro organismo y le hacen fácil presa de las conquistas económicas primero y territoriales después. La vida interna de casi todas las naciones americanas, dominada por vergonzosas pequeñeces, se corrompe cada vez más en la atmósfera afixante de las politiquerías lugareñas. Nadie quiere deponer su personalismo; las represalias, la persecución y la arbitrariedad son los sistemas de gobierno conocidos. La política internacional es, naturalmente, un reflejo de la desorientación interna. El personalismo hace aquí también sus estragos. Nada de ideas comunes capaces de agrupar a todos los estados con una elevada finalidad. Pretendidas rivalidades hacen crecer rencores que a veces los gobernantes estimulan para satisfacción de sus personales intereses. Disputamos con nuestros vecinos por predomios que carecen de base; y no es raro que, después de llenar de odios nuestra vida durante dos o tres generaciones, acabemos por perder todo lo ganado entregándolo al dominio de un pueblo verdaderamente extranjero por el idioma, por las costumbres y por la raza.

La solidaridad no ha sido jamás para nosotros una norma de conducta internacional. Toda la solidaridad de que somos capaces, la hemos gastado en discursos. Por eso no es raro que llegada la oportunidad de hacer alguna labor de defensa común cada pueblo se encuentre entregado a su propia suerte. Así

abandonamos a Colombia que protestaba por la segregación de Panamá; así no hemos hecho caso de las quejas de Santo Domingo, ni de la situación de Nicaragua ni de los atropellos a Méjico. No nos ha importado tampoco la suerte de los filipinos que defienden heroicamente su nacionalidad amenazada cada vez más por la fuerza avasalladora de la expansión norteamericana. Y cuando Estados Unidos quiso comprar las Galápagos, no se levantó ni una sola voz que hiciera ver que esa cuestión no solo interesaba a Ecuador sino también a todos los pueblos hispanos, que sienten ya muy cerca la tendencia imperlalista que hizo decir a Roosevelt en la Exposición de San Luis: «Hemos empezado a tomar posesión del Continente».

Para cada uno de estos avances de Norte América, no tenemos más comentario que el silencio. Sentimos, sin duda, la catástrofe que se avecina; y no queremos levantar la voz temerosos de llamar la atención del victimario y de despertarle el deseo de descargar sobre nosotros el próximo golpe. Mas aun, pasado el estupor de los primeros momentos, los sobrevivientes nos acercamos a Estados Unidos, empujados por la solidaridad del miedo, y con la más despreciable de las adulaciones, le ofrecemos la explotación de nuestras riquezas, le pedimos que resuelva nuestros pleitos, y concluimos solicitándole dinero para nuestros gastos. Y cuando hemos conseguido colocar un empréstito, regresamos satisfechos, loándonos en secreto, de nuestra habilidad que ha desarrugado el ceño del dios. Luego después, como nosotros estamos ocupados en las mil banalidades de la politiquería lugareña, encomendamos a Norte América que sanee nuestras ciudades, que construya nuestros puertos, que organice nuestras industrias y que dirija nuestra hacienda. Estados Unidos acepta el encargo; y un día llega la noticia de que allá en una lejana playa latinoamericana ha desembarcado un destacamento, ha arriado una bandera y ha izado otra llenas de estrellas y de barras. Entonces nosotros recordamos que somos débiles y, por toda ayuda al pueblo en desgracia, comentamos durante algunos días los diversos aspectos de la doctrina de Monroe.

Nadie quiere hacer caso del Mane, Thecel, Phares, que turba la sucesión regular de nuestras preocupaciones habituales. En vez de corregirnos enérgicamente de nuestros errores, nos disculpamos de ellos, alegando que son propios de pueblos jóvenes. Sin embargo, nuestra juventud es dudosa; y tenemos todas las apariencias de las razas decrepitas, invadidas por el personalismo y corroidas por los pequeños intereses de grupo. Estados Unidos nos precede apenas en unos cuantos años en el camino de la independencia; y nunca su vida ha tenido las características que presenta la de los pueblos latino americanos. Pero aunque fuésemos jóvenes ¿qué nos valdría nuestra juventud si antes de llegar a la madurez no éramos otra cosa que una estrella más en la bandera norteamericana?

Los fenómenos ya referidos determinan las formas de las relaciones de Estados Unidos con los demás países americanos. La doctrina de Monroe no tiene nada que hacer en estos asuntos; y debería ir a reposar definitivamente en los archivos donde duerme desde hace cien años el mensaje del que fué indebidamente separada.